

Sabuesos *en* Señegal

Por Barbara Youree



Derecho de Autor 2006
por Beacon Hill Press of Kansas City

ISBN: 99939-74-28-5

Diseño de portada: Gabriel Benitez

Esta obra se publicó en inglés con el título de "*Senegal Sleuths*".

Traducción: Rev. Daniel Pesado, bajo los auspicios de CNP Editorial.

Nota: Esta es una historia ficticia que refleja los desafíos misioneros que se presentan al servir en otro país, y permite comprender adecuadamente los valores culturales de Senegal.

www.cnplibros.com
cnp@cnplibros.com

Impreso en Guatemala
Printed in Guatemala

Todos los derechos reservados conforme a la ley.
Prohibida la reproducción de esta obra sin la debida autorización por escrito de los editores.

Contenido

1. Llevados por el viento	5
2. No vale la pena	9
3. Un mundo al revés	15
4. Redoble de tambores	21
5. Dakar y noticias tristes	25
6. ¡Lluvia, vete!	29
7. Oraciones por Awa	33
8. Juntos otra vez	37
9. Los curiosos oyen las noticias	41
10. Alguna vez, puede ser	47

1

Llevados por el viento

—¿Quiénes son aquellos muchachos que están hablando con Maamut? —le dije a mis tres amigos en voz baja.

Conocíamos a Maamut porque él ayudaba en la clínica aquí en Senegal, pero nunca había visto a esos hombres. Vestían gorras ajustadas sin viseras, estilo casco, pantalones holgados y túnicas (vestidos sueltos sin mangas). Obviamente, Maamut también vestía así.

Todos parecían de alrededor de 20 años de edad.

—Están discutiendo, Juanita —dijo Abdu, mientras continuaba mirando a aquellos misteriosos desconocidos.

Probablemente, tampoco Maamut los conocía.

Todos se conocen por aquí, especialmente de este lado de la aldea.

Acabábamos de jugar al fútbol al aire libre, en las afueras del grupo de viviendas de los misioneros.

Aun cuando vestía una falda-pantalón y una camiseta me sentía acalorada y sudaba. El sol parecía estar colgado sobre los techos de paja de la aldea, como una enorme pelota de color anaranjado. A través del polvo que saturaba el aire, se veía como una enorme luna.

Mis amigos, con sus uniformes escolares de color verde oscuro, permanecían quietos.

Abdu vestía una túnica sobre sus pantalones largos, y Kumba llevaba un vestido que se extendía por debajo de sus rodillas.

Nubes negras se dirigían hacia donde estábamos, por lo cual dejamos de jugar al fútbol.

Abdu nos dijo que una peligrosa tormenta de polvo se aproximaba, por lo que decidimos regresar a nuestro hogar.

Abdu tenía 12 años de edad, y parecía saber de todo.

—Vamos a vigilarlos —les dije, tal vez demasiado fuerte.

—Shhh, Juanita —susurró Josué, quien también nos sugirió que nos escondiéramos detrás de dos enormes árboles llamados *baobab* que se hallaban unidos. Los *baobabs* tienen ramas tan cortas y gruesas que parecen raíces.

—Sí, espiemos —reafirmó Kumba en voz suave. Ella es la hermana de Abdu y, a la vez, mi mejor amiga. Lleva su cabello atado con dos trenzas cortas y bien apretadas. Las dos tenemos 11 años de edad. Josué tiene 10. Su mamá enseña en un programa de aprendizaje de la lectura y escritura, y su papá guía estudios bíblicos.

Nos deslizamos detrás de los *baobabs*, mientras el viento levantaba un polvo rojizo alrededor de nosotros, el cual me irritaba los ojos y aun penetró en mi boca y nariz. Pero debíamos escuchar lo que estos extraños le decían a Maamut.

Los hombres se encontraban próximos a estos gruesos árboles y, para evitar el viento, se apoyaban en ellos. No tenían idea de que los estábamos espiando sigilosamente.

—¡Procuraremos que pierdas tu trabajo, ladrón! —gruñó uno de los hombres. Los hombres hablaban en el idioma *wolof*. Yo conozco ese idioma mejor que los demás

hijos de los misioneros. Obviamente Abdu y Kumba también conocían aquella lengua, ya que son *wolofs*.

Josué me dirigió una mirada llena de interrogantes.

—Ladrón. Él dijo que Maamut es un ladrón —le traduje a Josué.

Enseguida, escuchamos la respuesta de Maamut:

—El Dr. Barnes sabe que yo jamás robaría una de vuestras vacas.

Las vacas son como dinero entre los *wolofs*. Dicho sea de paso, el Dr. Barnes es mi papá, y yo sabía que él confiaba en Maamut.

Repentinamente, el viento nos empujó contra los troncos de los árboles. La oscuridad era casi total. ¡La tormenta de polvo que venía era realmente grande! Apenas alcancé a oír unas pocas palabras más que le dijeron aquellos hombres.

“... cristiano...” “... gracias... a Alá...” “... en nuestro pueblo... otra vez...”

Para cuando nos asomamos por detrás del tronco, los hombres habían desaparecido, llevados por el viento, imagino.

Salimos de atrás de los árboles y tratamos de caminar contra el viento. Debido a que en esta ocasión no teníamos nuestras máscaras, cubrimos nuestra boca y nariz con una mano, mientras mirábamos de reojo para poder caminar.

—No digas nada... acerca de...

El resto de las palabras de Abdu desaparecieron junto con él y su hermana Kumba en medio de la nube de polvo. Yo deseaba que este viento no derrumbara su choza de barro.

Josué y yo nos fuimos a nuestra casa. El conjunto de viviendas de los misioneros donde vivíamos se componía de seis casas, una clínica y una biblioteca. Josué, de alguna manera, aún tenía nuestra pelota de fútbol en sus manos. Cuando llegamos a la puerta de su casa, hecha

de bloques de cemento, inclinó su cabeza en señal de despedida.

Podía escucharse el sonido de la arena repiqueteando en los delgados techos.

Apenas toqué la manija de la puerta de entrada de nuestra casa, esta se abrió con tanta fuerza que casi golpea a mi madre. Media tormenta entró a casa junto conmigo. Fue necesario que cerráramos juntas la puerta.

—¿Por qué regresaron tan tarde, Juanita? —preguntó mamá.

—Es que vimos a Maamut —le respondí.

—Maamut no fue a la clínica hoy —intervino papá.

—¿Estás bien, Juanita?

—Sí, yo estoy bien. Pero tú, papá, te ves raro, todo cubierto de polvo rojo. Pareces un nido de termitas —comenté sonriendo con nerviosismo.

Él se levantó de su silla y se sacudió el polvo. Todos sonreímos.

—Estuvimos en muchas tormentas de polvo en el pasado, pero nunca vimos una como esta.

En la sala, todo estaba cubierto de ese polvo rojo. Podía olerlo, saborearlo y sentir su aspereza en mis brazos y entre mis dientes.

—Creo que es la peor tormenta de polvo que tuvimos desde que llegamos a Senegal hace tres años —comentó papá.

Fui al baño y llené la tina con agua. Usé una toalla pequeña para enjabonarme, pero de inmediato se tiñó de color rojo. Mi cabello rubio y corto parecía hierba seca.

Mientras me frotaba, me preguntaba si Maamut sería un ladrón y por qué no había ido a trabajar hoy. ¿Quiénes eran esos extraños que habíamos visto hoy con él? ¿Serían capaces de hacerle perder su trabajo?